

AL LLEGAR LA PRIMAVERA...

En la prensa diaria, no todo eran noticias de sucesos, de vida política, del mundo de los deportes y de la economía. También había lugar para la poesía, y al llegar la primavera se hallaban unos huecos para cantarla, para contar la delicia que supone abandonar la ciudad por el campo, las calles por los caminos, los cafés por los merenderos al aire libre, los libros por la naturaleza, auténtico libro en que aquella entra directamente en nuestro espíritu a través de nuestros sentidos, con sus formas, sus colores, sus perfumes y sus armonías.

Así encuentro en un periódico de abril de 1955 un canto en el que el cronista anónimo dice que con el invierno han quedado atrás los achaques propios de aquella estación, los dolores reumáticos y el lumbago, los catarros, la gripe y las bronquitis; los días confinados en el lecho, al lado del fuego que arde en la chimenea, cuando no apoyados en el radiador, cuyo calor busca nuestro cuerpo caliente. «Atrás han quedado, decía el cronista, las discusiones, las preocupaciones de la bomba atómica, el misterio de los platillos volantes, la obsesión de las quinielas, el tratado de París, los premios literarios...»

Y ahora, el cronista ligero de ropa y de preocupaciones, nota que los miembros mismos de su

cuerpo se han hecho más elásticos, las piernas andarinas, los brazos más sueltos.

«He aquí los caminos, los pequeños y abandonados caminos vecinales de nuestra ciudad, que bien cuidados, bien pavimentados, bien limpias sus cunetas, bien recortados los arbustos por las orillas, tanto podrían contribuir a los fines turísticos, atrayendo hacia ellos y mostrando desde ellos tantos y tan bellos e inéditos paisajes alrededor de la ciudad.

A lo largo de estos caminos volvemos a encontrar a los mismos caseros de otros años, al pie de sus propios caseríos de nombres inolvidables, con sus metas de paja, de helechos o de argoma, sus perros ladrones atados a la cadena y la hija de la casa, cada año que pasa más bonita, siempre dispuesta a escanciarnos el vaso de dorada sidra. En la *baratza*, los perales están cubiertos de su blanca flor, los melocotoneros de su flor de rosa. Desde lo alto de las colinas, el valle del Urumea se extiende a nuestros pies, a lo largo del cual copia el río, que a estas horas de la pleamar está quieto, terso y estático como un espejo, el azul del cielo que en él se mira. Y más allá, las colinas próximas, los montes un poco más distantes y las montañas lejanas, están como diciéndonos: Ea, venid acá, hombres que estáis cargados de trabajos, de vicios o preocupaciones, que yo os aliviaré. Es primavera, y aún en el peor de los casos, la primavera es una invitación, una exaltación, una esperanza...» El cronista era un poeta.

14-2-2003